

COLOQUIO SOBRE SISTEMAS MILITARES Y POLITICOS DE DEFENSA EN EL MEDITERRANEO

Por el Doctor ANTONIO MARQUINA BARRIO
Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas
de Madrid

Del día 1 al 4 de octubre tuvo lugar en Toulouse un coloquio sobre los «sistemas militares y políticos de defensa del Mediterráneo», que despertó gran interés al ser la primera vez que se organizaba una reunión de este tipo entre una institución española y otra francesa: El Instituto Español de Estudios Estratégicos y Le Centre d'Etudes et de Recherches sur l'Armee (CERSA). En él participaron también miembros de otros organismos e instituciones como el IAI y el SIOI, de Roma; el INCI español, el CEPODE, el Center for Naval Analysis, diversos profesores de Universidades y Escuelas de Alto Estado Mayor, así como algunos agregados militares hispanoamericanos, mandos y generales franceses, el embajador norteamericano ante la OTAN, W. Tapley Bennet y su principal consejero militar, el general Stephen E. Nichols.

El coloquio estuvo dividido en sesiones plenarias matinales, generalmente de tipo estratégico, y sesiones especializadas tipo seminario por las tardes, que abarcaron un campo muy extenso: Historia militar, sociología militar y politología (*). Además, y esto nos puede dar

(*) En el seminario sobre historia militar se presentaron las siguientes comunicaciones:

JOHN GOOCH: *El planteamiento de guerra italiano contra Francia: 1870-1914.*

ALEXANDRE PAJON: *La política militar francesa en el Mediterráneo durante el siglo XVII.*

RENÉ QUATREFAGES: *El sistema militar de España en el Mediterráneo al comienzo de la época moderna.*

RAMÓN SALAS LARRAZÁBAL: *Las reformas militares en España durante el primer tercio del siglo XX.*

MARIANO AGUILAR OLIVENCIA: *Evolución de la opinión de las fuerzas armadas durante el primer año de la II República.*

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA: *La generación del desastre: Los factores psicológicos en la crisis antimilitarista y la opinión pública.*

FERNANDO PUELL DE LA VILLA: *El papel del Ejército en la crisis de la Restauración.*

una idea de lo recargado del programa, tuvieron lugar dos cenas-colquio que incluyeron cuatro exposiciones y que finalizaron bastante tarde.

En esta breve nota incidiremos exclusivamente en las sesiones plenarias y cenas-colquio, que, a efectos de exposición, reuniremos en conjuntos más o menos semejantes, aunque no guarden relación con el orden peculiar mantenido en el coloquio, dejando casi de lado las escasas intervenciones sobre las ponencias, que apenas se discutieron por lo apretado del programa, y que debería haberse previsto, sobre todo en las reuniones plenarias, para no dar impresión de unilateralidad en cuestiones tan variadas y debatibles.

CULTURA Y POLEMOLÓGIA DE LA DEFENSA

El profesor González Páramo abrió el coloquio en la cena del día 1 de octubre. La tesis central de este profesor de la Universidad Complutense de Madrid consistió en mostrar que era necesario una adecuada preparación para hacer frente a la estrategia cultural marxista, montando Occidente una estrategia cultural que la contrarrestase, extendida a todos los países, completa y reformista. Partiendo de unas hipótesis muy directas, defensivas, y contraponiendo en algún caso el binomio tradición-revolución, dedujo hasta un total de veintiuna tareas de estrategia cultural que pasaban por el estudio del adversario, el espionaje cultural, la formación de líderes, equipos de dirección, cooperación internacional, maniobras culturales conjuntas (*sic*), etc.

En el seminario de sociología militar se presentaron las siguientes comunicaciones:

- COMTE E ROUX: *Actitudes de los estudiantes franceses en materia de defensa.*
BERNARD FERRIER: *Medicina del Ejército y profesionalización de la institución militar.*
CONSTANTIN HADJIS: *Algunos datos sobre el sistema griego de reclutamiento.*
STANISLAV ANDRESKI: *Causas de la baja efectividad del Ejército italiano en las dos guerras mundiales.*
MIGUEL ALONSO BAQUER: *La selección de la élite militar española en el primer tercio del siglo XX (1898-1931).*
FRANÇOIS CAILLETEAU: *Principales problemas de la política de personal militar en los años ochenta en Francia.*
MANUEL ESPADAS BURGOS: *La formación del personal militar profesional durante el reinado de Alfonso XIII.*
LUCIEN MANDEVILLE: *Las relaciones civico-militares en Grecia.*

En el seminario sobre politología se presentaron las siguientes comunicaciones:

- JOSÉ MARÍA COMAS: *Las disposiciones sobre el ejercicio de las libertades públicas por los militares en el cuadro de las ordenanzas reales españolas.*
ALAIN SORBARA: *Las fuerzas italianas: La representación colectiva.*
ADRIEN LACROIX: *Las fuerzas armadas marroquíes.*
AUGUSTE RIVET: *La tradición política del ejército español: Un ejército politizado, una política militarizada.*
CARLO JEAN: *Cultura militar y control político de las fuerzas armadas.*

El esquema adoleció, a juicio de alguno de los presentes, de rigidez en la elección de la terminología, excesiva bipolarización de un tema como la cultura y en no destacar suficientemente la asimetría en métodos y tácticas que induce un sistema totalitario y un sistema de libertades, por peligrosa que sea la infiltración cultural en el mundo occidental. Esta, con todo, resultó una de las más debatidas conferencias del coloquio.

José Ramón Masaguer, en su exposición «Prospección de nuevas amenazas y sistemas de defensa», con un enfoque sociocultural distinguió cuatro grandes niveles: científico-tecnológico, económico, normativo y axiológico, existiendo múltiples interdependencias en cada una de estas partes del sistema sociocultural y estando relacionada cada una de las partes del sistema con el sistema en su conjunto. Cuando la velocidad de cambio en un nivel era superior al de los demás, el equilibrio se rompía y surgía el conflicto. El sistema si no era muy flexible podía verse afectado por sucesivas asimilaciones de perturbaciones disminuyendo su capacidad operativa de defensa y desviando su equilibrio. Sobre esta base el profesor Masaguer citó como serias amenazas para la voluntad de defensa, la subversión de los valores que se detecta en la sociedad occidental, la potenciación de microsociedades (por ejemplo, juveniles o nacionalismos), el terrorismo con su capacidad de ser manipulado y el incremento de fanatismos en ideologías. En otro orden resaltó la vulnerabilidad de las sociedades industriales modernas, a una serie de factores y al impacto de la innovación técnica. A su juicio, en el Mediterráneo, como conjunto de sistemas socioculturales muy complejos, concurrían casi todos los factores de desestabilización indicados y, en especial, el conflicto de valores, la radicalización de ideologías y creencias, el desnivel en la calidad de vida y la existencia diferenciada de recursos estratégicos tanto para la economía como para la defensa.

Dentro del campo polemológico, el profesor Francisco Fernández Segado, tratando de la conflictología del Mediterráneo occidental, distinguió tres niveles: nivel profundo o estructural, nivel medio o coyuntural y nivel superficial. En su opinión, en el Mediterráneo occidental el flanco sur presentaba factores polemológicos a nivel estructural, dado que estos países podían controlar la unión del Mediterráneo y del Atlántico; factores social-económicos de nivel medio; y factores militares y políticos de nivel superficial. Sólo un gran país basado en su estabilidad política interior sería capaz de neutralizar la conflictividad.

LA ECONOMÍA Y LA DEFENSA

El profesor Andrés Fernández Díaz hizo un análisis de la crisis económica desde el punto de vista de la defensa, afirmando sin ambages que la actual crisis no se ha debido exclusivamente al aumento de los precios del petróleo, sino que éstos vinieron precedidos de una fortísima elevación de los precios de otras materias primas, cinc, cobre, estaño, plomo y aluminio, y más concretamente de los productos alimenticios básicos, que en el caso de un producto tan importante como la harina de soja fue del 400 por 100.

Las consecuencias de la crisis se manifestaron de inmediato en un alto nivel de inflación y un grave deterioro de la balanza de pagos por cuenta corriente. De un saldo positivo para el conjunto de la OCDE de 10.300 millones de dólares en 1978 se pasó a un déficit de más de 80.000 millones a finales de 1980. Si se aceptaba la hipótesis de un crecimiento moderado, tal como se plantea en el informe interfuturos, la distribución regional del valor añadido industrial se modificaría a favor de China, Iberoamérica (Tercer Mundo en general) y Europa del Este, en contra de los países de la OCDE. Dejando de lado otras posibles alternativas, estos cambios tendrían serias implicaciones para la defensa. Luego, en otro orden, añadió que diversos estudios demostraban que los gastos de defensa vienen determinados, no por meras consideraciones económicas, sino por una combinación de factores políticos, económicos y estratégicos, a la vez que eran un importante instrumento de regulación y control de la coyuntura. A modo de conclusión indicó que, considerando como elemento ejemplificador la crisis de las materias primas básicas alimenticias y no alimenticias, la distribución actual y futura de este tipo de productos obligará a un replanteamiento, previsión y toma de postura de la política de defensa que anticipándose a nuevas crisis habrá de considerar las posibles opciones en la asignación de los recursos presentes y futuros, las reconversiones y reestructuraciones necesarias en el campo de la industria, las relaciones económicas y políticas con áreas productoras de estos productos estratégicos, así como la participación en «clubs» o bloques supranacionales.

Dentro del campo económico, pero a otro nivel, el profesor Juan Velarde expuso el caso español y la interrelación entre defensa nacional y el proceso de industrialización en un país en vías de desarrollo.

Partiendo de una amplia exposición de la oposición, extracción y conexiones sociales e intelectuales entre librecambistas y proteccionistas durante el siglo XIX español, el profesor Velarde indicó que, a su juicio, el ejército se fue haciendo lentamente proteccionista, adoptando el modelo de desarrollo económico alemán e induciendo algunas transformaciones, como en la industria siderúrgica o la de explosivos. Pasó a considerar la dictadura de Primo de Rivera, donde tuvo lugar un desarrollo acelerado, con el orden público férreamente mantenido, la liquidación victoriosa de la guerra de Marruecos y una política de nacionalismo económico que produjo un gran auge económico y la salida de la crisis, que supuso el final de la primera guerra mundial, crisis que volvió a reproducirse con la II República, deteniéndose a finales de 1934 por la política de rearme de Gil Robles y el mantenimiento del orden público, para recaer de nuevo en los inicios de 1936 con la política contractiva de Chapaprieta.

Según el profesor Velarde, con la guerra civil, las nuevas directrices económicas siguieron la línea del desarrollo económico nacionalista caracterizado por una fuerte industrialización para hacer frente a las necesidades de la defensa nacional, fomento de las inversiones públicas y ordenación de la actividad económica. De este modo, en 1959 el sector público se había convertido en el máximo productor siderúrgico, minero y energético de España. Luego el profesor Velarde, con solución de continuidad y dando como razón básica el mecanismo de costes y los problemas de la dimensión de las plantas, manifestó que ello obligó a la adopción de una serie de decisiones:

1. Ampliar el esfuerzo estatificador hacia la Banca.
2. Abrir el mercado español a las inversiones extranjeras, provocando una fortísima presencia de las empresas multinacionales.
3. Fuertes inversiones en energía de origen nuclear.
4. El inicio de un proceso de planificación económica según el modelo francés.
5. Continuar con tasas muy débiles de gastos de defensa, dado el buen estado del orden público, los Convenios con EE. UU. y el traspaso al Ministerio de Asuntos Exteriores de los contenciosos más importantes.

En opinión de Juan Velarde, sin la especial decisión de articular una política de defensa con la de desarrollo, no se habría llegado al grado de nueva economía industrializada que adquirió España en

los años setenta. A esto añadió la especial fuerza política del general Franco, que impidió un enfeudamiento absoluto desde 1959 en el mundo de las multinacionales, y desde 1939 en el de las grandes empresas españolas.

EL MEDITERRÁNEO Y SU CONTEXTO ESTRATÉGICO-POLÍTICO

A nivel general, el profesor Joaquín Blanco Ande, expuso el rol del poder político y militar en el Mediterráneo, que definió como un espacio en el que se proyectaban y colisionaban una serie de concausas: Diferentes organizaciones internacionales, distintas culturas y civilizaciones, factores geopolíticos, factores económicos, movimientos nacionalistas, antagónicos poderes militares, el panarabismo y el paneslavismo. Del análisis de estos apartados dedujo hasta trece conclusiones que venían a recoger y recordar conceptos y afirmaciones que, no por repetidas, son menos válidas.

Dentro del mismo nivel de generalidad, Maurizio Cremasco, del IAI, expuso la difícil ecuación estratégica que planteaba el Mediterráneo, el Atlántico y el océano Indico para el mundo occidental. De las posibles amenazas e inestabilidades de estas áreas, eran las del océano Indico y el Golfo pérsico las más peligrosas. Europa dependía vitalmente del tráfico marítimo, cuya importancia se había puesto de manifiesto de modo peculiar en las siguientes tendencias:

1. El cambio de la situación de competencia militar y su traslado del sector terrestre al aéreo y marítimo.
2. La «guerra» de materias primas.
3. Restricciones por motivos «políticos» en la venta de productos esenciales para la industria europea.
4. Una mayor determinación por parte de los países productores para hacer valer sus propias fuentes de riqueza.

Al mismo tiempo, la armada soviética se había transformado en una fuerza capaz de hacer sentir su peso político y militar en el mundo, sobre la que incidía el nuevo énfasis de la doctrina naval sobre la interrupción de las líneas de comunicación marítimas (SLOC). El intento soviético de cortar las SLOC, en su opinión, no tendría lugar en el Mediterráneo, sino en el Atlántico norte, en el océano Indico y el Atlántico sur, bajo el trópico de Cáncer.

La Alianza Atlántica tenía la capacidad suficiente para el control de su área desde Gibraltar, Rota y Azores, si bien la posible utilización

de Canarias haría posible una cobertura antisubmarina mucho más al sur y permitiría una presencia permanente de aviones en el área. En el océano Indico estaba la isla de Diego García y las facilidades obtenidas por Estados Unidos en Omán, Arabia Saudita, Somalia y Kenia. Este era todavía un sector débilmente protegido, pero en su opinión la penetración soviética en el Golfo pérsico y en Africa no implicaba necesariamente una ligazón entre la ayuda militar soviética a un país y una política exterior de subordinación.

En el caso de que los países europeos no juzgasen oportuno ampliar el área de cobertura de la OTAN, sugirió algunas medidas:

Liberar la VI Flota de sus obligaciones OTAN, permaneciendo disponible para un caso de necesidad, con lo que Estados Unidos podría mantener una presencia más efectiva en el Indico y el Pacífico y transformar la presente fuerza naval disponible en caso de emergencia en una fuerza naval estable asignada al mando de la OTAN, como lo están las fuerzas de la defensa aérea, ello posibilitaría la separación de la VI Flota de la OTAN y responsabilizaría a los países del sur de Europa de la seguridad en el Mediterráneo, separando este problema del contexto de una simple rivalidad geoestratégica entre dos superpotencias. Esta participación europea, incluyendo la francesa, era en la actualidad muy difícil de conseguir, pero implicaría la novedad de la integración en un contexto diferente de la OTAN y una radical alteración de la estructura del mando actual de la Alianza en el sur de Europa.

Ciro Elliot Zoppo, de la Universidad de California, no compartió esta sugerencia en su exposición «el cambio en el equilibrio militar entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y la seguridad y política en el Mediterráneo». Para el profesor Zoppo, los Estados Unidos jugaban y jugarían un papel cardinal en la seguridad del Mediterráneo. Ninguna potencia europea, ni siquiera Francia, podía sustituir a los Estados Unidos en la misión de proporcionar una coherencia a la defensa en este área y una cohesión política. En el Mediterráneo, de forma peculiar, no le parecía viable y políticamente prometedor un mecanismo multilateral diplomático y militar.

La erosión relativa de los Estados Unidos en su poder militar a nivel estratégico, táctico, nuclear y convencional, de modo peculiar en el Mediterráneo, donde la VI Flota era cada vez más vulnerable, dados los adelantos tecnológicos, había llevado, en su opinión, a un cambio en la percepción europea con respecto al equilibrio entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, surgiendo las teorías de la «Europeiza-

ción» y el «Neutralismo», que tenían como común denominador la creación de una mayor distancia entre Europa y los Estados Unidos.

La «Europeización» podía no entrar en conflicto con la colaboración con los Estados Unidos o tender a hacer los esfuerzos europeos más independientes de la política estadounidense, como las iniciativas para la creación y expansión de fuerzas nucleares europeas independientes; pero eran posibles otro tipo de combinaciones generadas por cambios en las condiciones políticas y económicas de Europa occidental. El papel de la izquierda era importante a este respecto. La tendencia hacia el «Neutralismo» era más peligrosa y ensancharía de forma más efectiva el espacio entre Estados Unidos y Europa occidental, cortando las posibilidades de una cooperación en temas de seguridad y creando las condiciones para una hegemonía soviética en el Mediterráneo. Los intentos soviéticos por explotar estas tendencias hacia el neutralismo en la Europa mediterránea, en opinión de Ciro E. Zoppo, minarían la «détente» de forma más seria que la infiltración y compromisos militares soviéticos y cubanos en Africa o la invasión de Afganistán. Esta tendencia era más patente en Turquía, Grecia y España. Una opción neutralista de cualquiera de estas naciones, en particular de España y Turquía, debilitarían profundamente la seguridad de Europa occidental y de la cuenca mediterránea. El neutralismo, por otra parte, no podía ser juzgado en abstracto. Dependía de la situación política y geográfica del país en concreto. La revolución en la tecnología nuclear había alterado de forma efectiva el factor geográfico y eliminado en la práctica la posibilidad de que incluso una potencia de rango medio pudiera asegurar su defensa por sí sola de cara a una superpotencia nuclear. Además, la interdependencia económica había reducido el espacio político de neutralidad. Para concluir, Ciro E. Zoppo indicó que en términos políticos, económicos y militares, el Mediterráneo era un puente vital entre Europa, el Oriente Medio y Africa. La importancia de la estabilidad política y militar en el Mediterráneo era obvia cuando se relacionaba con la crisis aguda y permanente del Golfo pérsico. Las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética continuarían siendo un factor crucial en la estabilidad mediterránea; pero, a su juicio, las políticas de los países mediterráneos definirían esencialmente el futuro de la región.

Otros ponentes discreparon, Patrick H. Mercillon, en su comunicación «El armamento, factor de equilibrio o de desequilibrio en la cuenca mediterránea», dando una serie de ejemplos de equilibrios militares en la zona, indicó que el equilibrio entre los países ribereños y rivales no era un equilibrio estático, sino que se traducía en un cre-

cimiento simultáneo de los arsenales, con lo que cualquier desequilibrio en el potencial adversario, incluso político, constituía una tentación muy fuerte para el otro país (una prueba lo constituía el conflicto irano-iraquí). La solución de H. Mercillon iba en la línea de coordinar los esfuerzos militares español, francés e italiano, capaces, en su opinión, de asegurar por sí solos una presencia naval importante, una correcta cobertura aérea de la zona y de hacer frente a todas las eventuales amenazas, comprendidas las nucleares, gracias al dispositivo nuclear francés.

A esta orientación de asegurar la defensa del Mediterráneo únicamente por los países ribereños, hizo referencia Pierre Dabiez, de la Universidad de París, al hablar sobre la evolución del ejército turco.

Menos clara fue la orientación de Jamel Eddine Maazoun, de la Escuela de Estado Mayor de Túnez, en su ponencia «El Mediterráneo y el equilibrio de fuerzas». En opinión del profesor Maazoun, los dos Grandes tenían una posición privilegiada al ser los principales abastecedores de armas de los países mediterráneos, especialmente afroasiáticos, y con ello podían influir de una manera o de otra en su situación política. Existía además una diferencia fundamental en el equilibrio de fuerzas de los dos Grandes y aquellos países mediterráneos, al depender las estrategias de estos últimos de medios clásicos. En el Mediterráneo el equilibrio para unos países significaba la búsqueda de una supremacía militar, mientras que para otros significaba sólo la búsqueda de una situación de disuasión de la posible agresión. En su opinión, en torno a esta noción de equilibrio o de desequilibrio de fuerzas se reestructurarían las relaciones en el Mediterráneo.

Charles Zorgbide, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad París-Sur, al abordar el análisis del Mediterráneo oriental también incidió en este tema. A su juicio, cabían diversas opiniones sobre la seguridad de esta zona. Una de ellas, que se había desarrollado en los años sesenta por el Partido Comunista italiano o los gaullistas franceses, afirmaba que los conflictos en esta zona eran todos ellos fruto de injerencias extranjeras y la solución estaba en la retirada de las flotas americana y soviética, pero esta tesis podía sufrir dos serias objeciones:

1. No existía seguridad de que los conflictos locales fuesen esencialmente una consecuencia de la manipulación de los Grandes, como lo demostraba el caso de Chipre, que expuso con detalle.

2. No existía tampoco seguridad de que los conflictos locales pudiesen ser solucionados por los propios interesados, y el caso de Israel era un ejemplo claro; la iniciativa de Sadat no habría sido posible sin el apoyo norteamericano y la lenta maduración permitida por la diplomacia de pequeños pasos de H. Kissinger.

Se podría argumentar sobre la seguridad de la zona en otra línea, la línea de H. Kissinger: La moderación de las grandes potencias. La paz no podía fundarse sino sobre la elaboración de un consenso internacional. Un orden estable se fundaba a la vez sobre la seguridad y la inseguridad relativa de cada uno de los participantes, pero en este caso, en el proceso de negociación no sólo se habría de persuadir al adversario, sino convencer al aliado. Los resultados de las últimas iniciativas en el Oriente Próximo abonaban esta interpretación. Posteriormente indicó tres direcciones que podrían ser exploradas a la hora de buscar el papel que podría jugar Europa en el Oriente Próximo:

1. Un acuerdo político debía conllevar el acuerdo previo de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética para contener la carrera de armamentos entre los países árabes e Israel.
2. La formación de una Comisión de Seguridad del Mediterráneo que comprendiese a los Estados ribereños y a los dos Grandes, con la finalidad de prevenir y limitar las crisis regionales, dotada con poderes efectivos de encuesta y vigilancia.
3. Como última fase, los dos Grandes deberían concluir un acuerdo tendente a limitar y después reducir su presencia naval en el Mediterráneo. Podía establecerse un lazo de unión con las negociaciones SALT y las MBFR.

En cualquier caso la seguridad de la región no podía resultar de la sola reducción negociada de las tensiones. Debía fundarse igualmente sobre la cooperación económica.

Stephen S. Roberts, del Centro de Análisis Naval, no puso en cuestión la permanencia de las flotas de las dos superpotencias en el Mediterráneo al analizar su comportamiento en las guerras árabe-israelíes de junio de 1967 y octubre de 1973, la crisis jordana de 1970, la crisis de Chipre de 1974 y la crisis del Líbano de 1976. Siguiendo en gran parte el libro de Dismukes y McConnell, *Soviet naval Diplomacy*,

indicó que los objetivos políticos habían sido sustancialmente diferentes. En el caso de la flota norteamericana, los objetivos más frecuentes habían consistido en la protección de las vidas de los ciudadanos norteamericanos y disuadir o impedir todo tipo de acciones que hubiesen significado el derrocamiento de un gobierno legítimo y amigo o la intervención de países que no habían previamente participado en el conflicto, mientras que la flota soviética había centrado sus acciones en el seguimiento de las actividades de la flota norteamericana con la finalidad aparente de contrarrestarlas.

La regla más importante que parecía deducirse, independiente de la evitación de un conflicto directo, era que cualquier superpotencia debía tolerar la intervención militar de la otra si la intervención era necesaria para el restablecimiento de aspectos esenciales del *statu quo* preexistente, aunque se tratase de limitar a lo indispensable. Si bien las fuerzas navales soviéticas no eran en número iguales a las norteamericanas, eran lo suficientemente fuertes para prevenir una fácil victoria local de la otra parte. En su opinión, era probable que en el futuro las consideraciones políticas y no la capacidad militar, siguiesen siendo determinantes en la contribución de las flotas para un caso de crisis.

Tuvieron lugar otras exposiciones, unas bordeando la historia, los problemas políticos o las relaciones internacionales, como la de E. Picard sobre «los militares sirios y los acuerdos de Camp David»; la de Piere Dabozies, sobre «la evolución del ejército turco»; la de Samaha Khoury, sobre «la presencia de las grandes potencias en el Oriente Próximo»; otras, recordando doctrinas de defensa, como la de Anton Bebbber sobre «la doctrina de la defensa nacional de Yugoslavia»; otras, en fin, a un nivel más político que reseñaremos brevemente.

El general Stephen E. Nichols trató de mostrar que el estado de preparación de las fuerzas norteamericanas no era tan mala como aparecía de vez en cuando en la prensa, y el embajador Bennet, partiendo del presupuesto de que hoy no es posible examinar aisladamente el estado de la seguridad mediterránea, dedicó gran parte de su discurso a hablar del océano Indico, el desafío soviético, la invasión de Afganistán y la falta de una respuesta adecuada por parte de gobiernos e instituciones bancarias occidentales. El representante norteamericano aseguró que no intentaban destruir el entramado de relaciones entre el Este y el Oeste y de hecho favorecían la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa y se iban a celebrar conversaciones con la Unión Soviética sobre fuerzas nucleares tácticas e intermedias. En

su opinión, los intereses de Europa y Estados Unidos eran inseparables. Digno de destacar fue su alabanza a Francia por el esfuerzo realizado en cuestiones de defensa.

LA PENÍNSULA IBÉRICA

Por parte del INCI, Antonio Sánchez-Gijón presentó una ponencia sobre la opción atlántica de España como opción política y estratégica (cfr. *Revista de Estudios Internacionales*, v. 1, núm. 3, pp. 793-795), y Antonio Marquina hizo una exposición sobre la orientación mediterránea y atlántica de los Ejércitos españoles, poniendo en cuestión la así llamada fundamental orientación mediterránea de los Ejércitos españoles. Para ello puso en contraste su organización y objetivos durante la segunda guerra mundial y la situación actual, concluyendo que después de la guerra civil española se habían guiado en grado muy notable por la percepción de una posible amenaza proveniente del Mediterráneo occidental y de más allá del sur peninsular. En la actualidad no había variado esta percepción sustancialmente, pero si se tenía en cuenta que el Mediterráneo occidental tendía a ser considerado como un mar interior con respecto al Atlántico, dado el conflicto del Maghreb y las funciones de la VI Flota de credibilidad disuasoria y de nudo con respecto al poder naval de Francia e Italia, con la revalorización del archipiélago canario, y una renovada apreciación de un eje propio y típico de proyección española, constituido por las islas Canarias-estrecho de Gibraltar-islas Baleares, la distribución de fuerzas actual de los ejércitos españoles cumplía una función atlántica de primer orden.

Maurizio Cremasco, en su intervención citada anteriormente, también incidió en el tema español, describiendo la península Ibérica como una zona que dotaba de profundidad al frente de Europa central, un lugar donde podrían concentrarse depósitos y material de apoyo, servir de centro de reparaciones y llevar a cabo un amplio programa de operaciones en el Atlántico y el Mediterráneo con gran efectividad. Pero, a su juicio, la importancia estratégica de la Península había de evaluarse primariamente desde un punto de vista político, es decir, en términos de disuasión, en el sentido de que estando formalmente integrada en la Alianza Atlántica, significaría un refuerzo de la capacidad de respuesta de la Alianza a todo tipo de presiones políticas y militares. La decisión de integración era un asunto de exclusiva responsabilidad española, pero de hecho España estaba preparándose

para integrarse en la CEE, y aunque una decisión de este tipo no era excesivamente urgente, no podría soslayarse por más tiempo, especialmente si las Comunidades Europeas comenzaban a interesarse en cuestiones de seguridad.

También referente al tema ibérico, Martin Edmons, de la Universidad británica de Lancaster, presentó una ponencia titulada «Gibraltar, donde dos monólogos no hacen un diálogo», en la que trató de mostrar que los planteamientos de los veinte últimos años habían sido muy emocionales, habían alejado a los gibraltareños de España y se había creado una confusión entre los planos políticos y militares del problema. Gibraltar, a su juicio, era un problema político, la salvaguarda del futuro de los 20.000 gibraltadeños, y no un problema militar, el control del estrecho. La ponencia, bastante trabajada, pasó por alto un planteamiento clave de la cuestión, que Inglaterra, tras la segunda guerra mundial, había introducido libérrimamente a Gibraltar en la lista de los territorios a descolonizar y, por otra parte, no citó la resolución 1514 (XV), donde expresamente se indica que el principio de autodeterminación no debe dañar el principio de integridad territorial, citando únicamente la resolución 2070 (XX) en la que se solicitaba del gobierno de Gran Bretaña la apertura de negociaciones con el gobierno español para la descolonización. La ausencia de un campo de encuentro y de ánimo dialogante no podía ser achacada a España en función de estos precedentes que se hicieron valer en el corto debate.

Asimismo son de reseñar algunas ideas de la exposición de Juan Díez Nicolás en la cena-coloquio del 3 de octubre, más de tipo sociológico que estratégico, quien al incidir en el tema autonómico español, dio como posible una reorganización de los Ejércitos españoles en función de las diversas autonomías dentro de un plano de cooperación, que suscitó juicios dispares.

A modo de conclusión se puede afirmar que este coloquio del CERSA adoleció de exceso de comunicaciones, que al ser en algunos casos contrapuestas como hemos dejado constancia, o tocar puntos controvertidos hubiesen exigido un extenso debate, que como ya indicamos fue casi inexistente. Asimismo, al abarcar un amplísimo campo de temas, la dispersión fue muy notoria, perdiendo efectividad y posibilidad de profundización.

